

APUNTES SOBRE LA CAZA EN EL ARTE MEDIEVAL HISPANO

José Luis Hernando Garrido

“...andando el Conde [Fernán González] à caza por aquellos montes, y persiguiendo à un Jabalí, se escondió éste en la Ermita de arriba, que llaman S. Pedro el viejo. Ató el Conde su caballo à una encima [...] y subió arriba, donde no solo encontró el **Jabalí**, sino Iglesia con Altar, de que se maravilló mucho, y hecha oración, vino à él uno de tres Ermitaños que vivían en aquella cueva, llamado *Pelayo*, y los otros, *Arsenio*, y *Silvano* [...] Por la mañana anunció *Pelayo* al Conde la victoria que lograría de los Moros que le venían à buscar, y le rogó se acordase de aquel pobre lugar y Ermitaños, como le prometió, y como cumplió después liberalmente” (Henrique FLÓREZ, *España Sagrada*, tom. XXVII, Madrid, 1772. pp. 95-96).

“...frater meus Alpidio miles, qui militabat in hoc seculo; quodam vero die aduenit illi voluntas ut egredetur ad venatum et inueni vestigia aper magnus; et cum suos homines et suos canes sequendo ipsa vestigia deuenit usque in montem qui erat super ripam fluminis Pisorga. Et conculcantes ipsa vestigis, illuc atque per ipsum montem inuenit **unam porcam cum suis filios latantem** super unam ecclesiam subtus unum arborem sabuci erat ipsa ecclesia fundata latus unam penne. Et subtus ipsa penna inuenit aliam ecclesia cum tres titulus vidente vero ipsum locum dimisit venatum et cum suos homines cucurrit et retulit in omnia quecumque vidit” (M^a Estela GONZÁLEZ DE FAUVE, *La orden premonstratense en España. El monasterio de Santa María de Aguilar de Campoo (Siglos XI-XV). Tom. II. Documentos*, Aguilar de Campoo, 1992. p. 171).

El sepulcro de Fernán Pérez de Andrade en San Francisco de Betanzos (ca. 1387), uno de los monumentos más excéntricos de la escultura funeraria medieval hispana, ha dado pie a numerosos comentarios sobre la recurrencia a escenas cinegéticas, incluyendo pilares zoomórficos, oso y jabalí, en un catafalco nobiliario instalado, para más señas, en el interior de un templo franciscano¹.

La aparición de escenas de cacería en contextos funerarios no era nueva pues resultó posibilidad muy estimada por la clientela romana de alto rango, deseosa por legar imágenes que dieran cuenta de su valor, ejemplaridad y destreza frente a los pobres bichos, en una adecuada exaltación de la *virtus*.² Tampoco olvidaron recrear las mismas escenas en suntuosos mosaicos domésticos como los de La Olmeda, datados hacia la segunda mitad del siglo IV d.

¹ Vid. Joaquín YARZA LUACES, “La capilla funeraria hispana en torno a 1400”, en *La idea y el sentimiento de la muerte en la historia y el arte de la Edad Media, Santiago de Compostela, 1988*. pp. 82-83. Además Manuel NÚÑEZ RODRÍGUEZ, “El sepulcro de Fernán Pérez de Andrade en San Francisco de Betanzos, como expresión de una individualidad y una época”, *Bracara Augusta*, XXXV (1981), pp. 397 y ss.

² Manuel NÚÑEZ RODRÍGUEZ, *La idea de inmortalidad en la escultura gallega (La imaginaria funeraria del caballero, s. XIV-XV)*, Pontevedra, 1985. pp. 30-32 y 73-74; YARZA, *op. cit.*, p. 82.



C. en una de las *villae* mejor conservadas de la meseta norte³. Además de los mausoleos (Centcelles), los sarcófagos tardorromanos hicieron abundante uso de motivos cazadores⁴, efigiando un personaje estacional o un *putti* sosteniendo una percha con patos o una liebre como alegoría del invierno, la época más propicia a la práctica cinegética, recurriendo también al cetrero (Villa del Halconero en Argos), que en los calendarios medievales hispanos se asoció con el tema del paseo ecuestre primaveral (en Beleña de Sorbe, Hormaza o San Claudio de Olivares, donde se detectó influencia inglesa)⁵. Pero en el mundo clásico, la iconografía venatoria parece haber actuado como elemento protector, capaz de velar el descanso del finado, reconociéndose ecos en obras medievales como las pinturas de la cripta de la catedral de Roda de Isábena⁶.

En territorio europeo aparecen escenas de cacería en el célebre tapiz de Bayeux, los frescos románicos de Saint-Léger de Ebreuil, con halconeros y jinetes acompañados de canes que acometen contra el ciervo, en Appiano, con el mismo lance del venado –aledaño a San Cristóbal y una crucifixión– y más tardíamente en el coro de San Pedro de Asís. Amén de los pavimentos musivarios de San Juan Evangelista de Ravenna que datan del siglo XI, con el enfrentamiento entre un cazador a pie y un oso, o Lescar, donde se reflejó la caza del jabalí. Otros mosaicos venatorios existen en Saint-Genés de Thiers, Sorde (Landes) o Ganagobie, además de las taraceas policromadas de las portadas de San Michele y la catedral de San Martino

³ Vid. Pedro de PALOL y Javier CORTES, *La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia)*, I, Madrid, 1974. pp. 37 y ss.; José María BLÁZQUEZ, “Arte y mitología en los mosaicos palentinos”, en *Actas del I Congreso de Historia de Palencia, tom. I. Arte, Arqueología y Edad Antigua, Palencia, 1985*. Palencia. 1987. pp. 369-372. Sobre escenas venatorias en los mosaicos tardorromanos hispanos, localizados mayoritariamente en mansiones rurales (Solana de los Barros, Ramalete, El Hinojal, Villavidel, Cardañajimeno, Puente Oscura y Puigvert d’Agramunt, más Centcelles y La Olmeda) vid. Milagros GUARDIA PONS, *Los mosaicos de la Antigüedad tardía en España. Estudios de iconografía*, Barcelona, 1992. pp. 327-335, trascendiendo incluso a las estelas funerarias indígenas (vid. José A. ABÁSULO ÁLVAREZ, *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes*, Burgos, 1974. p. 171).

⁴ Los temas de cacería fueron habituales entre el 220-230 d. C. y el reinado de Constantino, decorando cajas funerarias de terratenientes residentes en Italia, Galia e Hispania, donde suelen aparecer escenas alusivas a la caza de ciervo con red y la del jabalí aludiendo a los ciclos de Adonis, Hipólito y Meleagro en Calidón, al respecto resulta fundamental el *corpus* de B. ANDREAE, *Die römischen Jagdsarkophage*, ASR, Berlín, 1980. Para lo hispano vid. José BELTRÁN FORTES, *Los sarcófagos romanos de la Bética con decoración de tema pagano*, Málaga, 1999. nº 6 y 11; id., “El uso del sarcófago en la Bética durante los siglos II-III d. C.”, en *El sarcófago romano. Contribuciones al estudio de su tipología, iconografía y centros de producción*, Murcia, 2002. pp. 97-98; Montserrat CLAVERIA NADAL, *Los sarcófagos romanos de Cataluña*, “Corpus Signorum Imperii Romani. Corpus de esculturas del Imperio Romano. España, vol. I, fasc. 1”, Murcia, 2001. pp. 80-86. Además de ser habituales entre los sarcófagos de Aquitania, la cacería del ciervo y jabalí se dan en la cubierta de la caja de Quintanabureba (vid. Pedro de PALOL SALELLAS, “Arte paleocristiano”, en *Prehistoria, Edad Antigua y Arte Prerrománico*, “Hª del Arte en Castilla y León, I”, Valladolid, 1994. p. 113.).

⁵ Manuel Antonio CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, *El calendario medieval hispano. Textos e imágenes (siglos XI-XIV)*, Salamanca, 1996, pp. 161-162.

⁶ Francesca ESPAÑOL, “Le sépulchre de Sant Ramon de Roda”, *Les Cahiers de Saint-Michel de Cuxà*, XXIX (1998), pp. 177-187; Gerardo BOTO VARELA, “Las galerías del Milagro. Nuevas pesquisas sobre el proceso constructivo del claustro de Silos”, en *Silos, un milenio. Actas del Congreso Internacional sobre la Abadía de Santo Domingo de Silos, Silos, 2001*. Burgos, 2003. pp. 120-121.



en Lucca. La nómina de ejemplos se amplía elocuentemente en lo escultórico: Marignac, Thaims, Salles-les-Aulnay, Saint-Mandé, Bigny, Echillais, y sobre todo el dintel de la portada de Saint-Ursin de Bourges, el friso del monasterio de Andlau o los dinteles de las puertas de la catedral de Parma, San Frediano a Settimo (Pisa), Campiglia Maritima (Livorno), el portal de San Nicolás de Bari y otros señalados ejemplos en Windberg, Notre Dame de Salagon en Mane, un relieve de museo de Edimburgo y el sarcófago de los santos Lupicillo, Lucillo y Crescenziano en la cripta de San Zeno de Verona, donde contemplamos una escena de caza del oso con lanza y a pie, versionado sin duda a partir de una caja romana⁷.

Insistía Yarza en que la abundancia de escenas cinegéticas en ámbitos religiosos medievales era mucho más abundante de lo inicialmente supuesto, razón que desaconsejaría una explicación fácil. No siempre podemos aducir que se trate de simples temas profanos alusivos a la vida cotidiana, de símbolos de la conversión del pecador o de genéricos combates psico-máquicos.

De sobra conocemos cómo la clase nobiliaria medieval estaba perfectamente entrenada en materia de acosos, monterías y lances cetreros, dignificado arte que emulaba la actividad bélica de forma mucho menos peligrosa y que fue habitual entre muchos yacientes de caballeros castellanos del siglo XIV que en sus puños sostuvieron dignos halcones⁸, especialidad especialmente apreciada por los monarcas y clases nobiliarias europeas. No parece que semejantes alusiones iconográficas respondan a pasajes biográficos de sus mentores⁹, si bien, tampoco podemos desdeñar los versos de Hélinand de Froidmont (ca. 1194-97) que caracterizaba la

⁷ Milagros GUARDIA PONS, *Las pinturas bajas de la ermita de San Baudelio de Berlanga (Soria). Problemas de orígenes e iconografía*, Soria, 1982. pp. 115-117.

⁸ Aguilar de Campoo o Benevívere, vid. Clementina Julia ARA GIL, *Escultura gótica en Valladolid y su provincia*, Valladolid, 1977. pp. 20; id., “Un grupo de sepulcros palentinos del siglo XIII. Los primeros talleres de Carrión de los Condes, Pedro Pintor y Roy Martínez de Burueva”, en *Actas del II Curso de Cultura Medieval. Alfonso VIII y su época, Aguilar de Campoo, 1990*. Madrid, 1992. pp. 21-52; Julia ARA GIL y Juan José MARTÍN GONZÁLEZ, “El arte gótico en Palencia”, en *Historia de Palencia, I, Edades Antigua y Media*, Madrid, 1984. pp. 323-324; Joaquín YARZA LUACES “Despesas fazen los omnes de muchas guisas en soterrar los muertos”, en *Formas artísticas de lo imaginario*, Barcelona, 1987. p. 280; José Luis HERNANDO GARRIDO, “Algunas notas sobre los sepulcros de Aguilar de Campoo: un grupo escultórico palentino de 1300”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, XXXVII (1989), pp. 87-119; M. RUIZ MALDONADO, “Escultura funeraria en Burgos: los sepulcros de los Rojas, Celada y su círculo”, *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, LVI (1994), pp. 45-126, esp. 89-90.

⁹ Una tradición aseguraba que Fernando Sanches Rodrigues –bastardo del rey don Dinis de Portugal (1261-1325)- falleció como consecuencia de un accidente de caza al ser embestido por un puerco. Su sepulcro (en el lisboeta *Museo do Carmo*) que pudo inspirar el gallego de Pérez de Andrade, refiere una Anunciación y un Calvario, aunque anda bien surtido de escenas de cetrería y montería del jabalí, habituales en otras cajas lusas ocupadas por nobles finados masculinos con yacente armado (el de don Pedro, conde de Barcelos y hermano de don Fernando en Saõ João de Tarouca o el de Gomes Martins Silvestre en Nuestra Señora de Lagoa en Monsaraz). Vid. Margarita RUIZ MALDONADO, “El sepulcro de Fernando Sanches Rodrigues y su significación en la escultura funeraria portuguesa del siglo XIV”, *Goya*, n° 233 (1993), pp. 268-273. Vid. además Marta CENDÓN FERNÁNDEZ y M^a Dolores BARRAL RIVADULLA, “La palabra, el gesto y la imagen. Comportamiento y vida cotidiana de la nobleza bajomedieval gallega”, *Semata. Ciências Sociais e Humanidades*. Profano y pagano en el arte gallego, 14 (2002), pp. 385-387.



muerte como enérgica cazadora, persecutora de unas víctimas a las que desconcertaba pues mutaba de aspecto¹⁰. Para los sepulcros góticos, la recurrencia a la caza resulta cuestión más estamental, Pérez de Andrade apoyó muy de cerca varias fundaciones franciscanas y hospitales para pobres, debió ser un hombre culto lector del *Roman de Troie* y contemporáneo del célebre Gaston Fébus, duque de Foix y autor del reconocido *Livre de la Chasse*, el gallego fue un noble de su tiempo que trató de conciliar ideales cristianos y caballerescos¹¹.

Nos hemos habituado al tópico que atribuye una significación de combate entre las fuerzas del bien y del mal a cualquier escena cinagética, donde nobles empingorotados blandiendo lanzas y venablos o campesinos de caperuza –quizás esforzados monteros acompañados por sabuesos– husmean huellas oseras y lobunas, más peligrosas que las del insaciable jabalí. Sin duda influirá el contexto, la funcionalidad asumida por el espacio en el que se integran, que más allá del genérico ornato asumido en una parroquia rural, suelen ir de la mano de lo fúnebre. No es extraño encontrar apuntes en ámbitos claustrales, capillas mortuorias (capitales de la misma capilla donde se aloja en sepulcro del “O Bóo” o la mayor de Santo Domingo de Pontevedra que sirvió de panteón a los Sotomayor)¹² o tan elocuentes sepulcros ocupados por significados nobles que a modo de blasón de copete no dudaron en recurrir a empresas monteras. Para los soportes del Bóo se ha llegado a postular un posible precedente en la tipología del berraco prerromano, atractiva hipótesis intuita por Blanco Freijeiro y desarrollada por Carmen Manso que no debería ser apartada¹³. Más difícil de explicar es su pertinencia en capiteles y canecillos de sencillos templos tardorrománicos, donde las escenas de montería con osos y jabalíes se han convertido en caricaturas de bestiario que no siempre responden a simbolismos resurreccionales. En algún caso, como un friso procedente del claustro de la colegia-

¹⁰ La creencia de que durante las noches invernales vaga el cazador errante acompañado de incontenible jauría infernal es un mito popular en gran parte de Europa, quizás supervivencia cristianizada del señuelo de Odín y Wotan, que acompañaba al cortejo de almas en pena (cf. Ramon VIOLANT i SIMORRA, *El Pirineo español. Vida, usos y costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece*, Barcelona, 1989. pp. 517-519). Vid. además Eloy MARTOS NÚÑEZ, “Hacia una geografía legendaria de la Península: de la santa compañía al cazador negro”, en *Cuentos y Leyendas de España y Portugal. I. Seminario Internacional, Badajoz-Evora, 1996*. Mérida, 1997. pp. 101-113, en esp. 108-109.

¹¹ NÚÑEZ, *op. cit.*, p. 74, llega a recoger la versión del cronista Verín sobre la ciudad de Betanzos que apuntaba la presencia del jabalí como divisa del caballero en el sentido más complaciente: “ja balí” (ya valí), combinación frecuente en otros nobles del XIV como el oso y el cisne herido del Duque de Berry (“ours-cigne”, aludiendo quizás a una de sus damas bienamadas o al santo Oursin de Bourges).

¹² Carmen MANSO PORTO. “Contribución al estudio de las representaciones de la caza del jabalí en Galicia. Iconografía de los capiteles de Santo Domingo en Pontevedra”, *El Museo de Pontevedra*, XXXVII (1983), pp. 279-289.

¹³ Vid. Antonio BLANCO FREIJEIRO, “De osos y jabalíes”, *El Museo de Pontevedra*, XXXVII (1983), p. 274; Carmen MANSO PORTO, “El mundo profano en la imaginería gótica de los conventos mendicantes gallegos: la caza”, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, XVIII (2000), pp. 231-253.



ta de Santa María de Solsona donde aparecen dos jóvenes disputándose una liebre, se ha querido ver una escena de discordia¹⁴.

En muchas localizaciones la evidencia geográfica del territorio –amén de heráldica y zootoponimia¹⁵– revela a las claras la abundancia de especies montaraces siglos atrás y que con los tiempos han debido acorralarse en reservas naturales donde subastan presas o enjaularse en parques zoológicos. Comarcas donde sus habituales residentes nunca estuvieron autorizados a enfrascarse en cacerías de señorito sumamente restringidas, a lo sumo acuñar leyendas sobre soberbios ejemplares que ponían los pelos de punta a los más chicos del filandón. Es cierto que las monterías podían ser exclusivamente deportivas e ir destinadas al recreo de los nobles o tener cariz concejil, tendiendo hacia el control de alimañas mediante callejos o fosos loberos (*fogium lupalem*), y ostentando carácter trampero y comunal aunque fuertemente reglamentado desde el poder¹⁶, conocedor de prácticas conservacionistas como los cotos y vedas. Esta última instancia local también incluiría la recluta a huebra y la figura del cazador profesional, contratado por concejos y parroquias para erradicar fieras y surtir a los gremios peleteros, amén de los monteros reales instituidos por los Trastámara¹⁷. El derecho de caza libre estuvo siempre en manos de reyes y nobles, quienes pudieron transferirlo a los concejos, máxime en situaciones de defensa, cuando se creyó necesario eliminar alimañas que afectaban a cultivos y ganados mediante la organización de batidas.

La caza del lobo parece alcanzar mayor importancia a inicios de la edad moderna, al menguar el bosque se redujeron las poblaciones de herbívoros salvajes, sus habituales presas naturales, de forma que el lobo forzó su atención hacia la ganadería, devorando a un cordero lo vemos en la portada occidental de Santo Tomé de Serantes, en un relieve empotrado en el muro del exterior de Quintana del Pino y en un capitel del interior de la catedral de Pamplona,

¹⁴ Vid. Serafín MORALES ALVAREZ, en *Thesaurus/Estudis. L'art als bisbats de Catalunya 1000/1800*, Barcelona, 1986. pp. 73-74; id., “De Sant Esteve de Tolosa a la Daurade. Notes sobre l'escultura del claustre romànic de Santa Maria de Solsona”, *Quaderns d'estudis medievals*, n.º 4 (1988), pp. 104-119; Jordi CAMPS i SÒRIA, en *Museu Diocesà i Comarcal de Solsona. Romànic i Gòtic*, Barcelona, 1990. n.º 85.

¹⁵ Oseira, Osedo, Osebe, Oseiros, Usera, Brañosa, Oseja de Sajambre, La Osa, El Oso, Porquera, Porqueros, Pamporquero, Mataporquera, Atapuerca, Riobos, Mata de Lobos, Villalobos, Cervera, Cervatos, Villaciervos, Villaciervitos, Villardeciervos,... Vid. además Francisco de Paula FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, “Algo sobre el oso, y su presencia en Galicia”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XIX (1964), p. 307.

¹⁶ Vid. Jesús TABOADA CHIVITE, “Montería y corrida de lobos en Galicia”, *Boletín Avriense*, I (1971), pp. 191-193. En los Fueros dados por Gelmírez a la tierra de Santiago (1113) se reglamentaban batidas de lobos –correr el lobocon *fogios* todos los sábados del año –exceptuando Pascua y Pentecostés– donde se daban cita cuantos caballeros, presbíteros y campesinos que no estuvieran legítimamente ocupados, cf. M. del Carmen PALLARES MÉNDEZ, E. PORTELA SILVA y J. GELABERT GONZÁLEZ, “Caza de los señores y caza de los campesinos en Galicia (1100-1600)”, en *La chasse au Moyen Age. Actes du Colloque de Nice (1979)*, *Publications de la Faculté des Lettres et des Sciences Humaines de Nice*, 20, Niza, 1980. p. 289. Vid. además José Vicente MATELLANES MERCHÁN, “Aproximación a la política ecológica y cinegética en los fueros del siglo XIII”, en *El medio natural en la España Medieval. Actas del I Congreso ecohistoria e historia medieval*, Cáceres, 2001. pp. 335-356.

¹⁷ R. PÉREZ BUSTAMANTE, “Privilegios fiscales y jurisdiccionales de los monteros de Castilla (s. XV)”, en *La Chasse au Moyen Age...*, pp. 83-98.



nada que ver con los lobos y raposos de las fábulas noveladas medievales¹⁸. Así, su acoso alcanzó un peculiar carácter trófico que resultó idóneo para difamarlo y, acto seguido, endemoniarlo con todas las de la ley¹⁹.

Señalaban Pallares, Portela y Gelabert que la historia de la caza era en buena medida la historia del bosque²⁰, ámbito que durante la Edad Media despertó los miedos más ancestrales, espacio selvático, hostil y demoníaco, propicio al crimen y habitado por toda suerte de espíritus fantasmales, pero también teatro de transgresiones, libertades y amoríos. Que con el paso de los tiempos comportó la transformación del denso bosque tradicional del centro de la Península, habitado por robles, encinas y juníperas, el *monte espesso* del Mío Cid, por otro humanizado y adeshado²¹, salpicado de calveros, repercutiendo claramente en el retroceso de la actividad cinegética, cada vez más menguada y dispersa, razón que motivó su severa reglamentación²². Pero aún desde el altomedievo las zonas de frontera entre moros y cristianos, descritas como yermas y boscosas, estuvieron frecuentadas por anacoretas, aunque también por

¹⁸ Manuel A. CASTIÑEIRAS GONZÁLEZ, “A poética das marxes no románico galego: bestiaro, fábulas e mondo ó revés”, *Semata. Ciencias Sociais e Humanidades*. Profano y pagano en el arte gallego, 14 (2002), p. 324.

¹⁹ Julián CLEMENTE RAMOS, “La evolución del medio ambiente en Extremadura (c. 1142-c. 1525)”, en *El medio natural en la España Medieval...*, pp. 48-49. Vid. además Francisco de Paula FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, “Sobre el lobo y su presencia en Galicia”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XVIII (1963), pp. 92-118; Ramón GRANDE DEL BRÍO, *El lobo ibérico: biología y mitología*, Madrid, 1984; Juan Carlos BLANCO, Luis CUESTA y Santiago REIG, “El lobo en España: una visión global”, en *El lobo (canis lupus) en España. Situación, problemática y apuntes sobre su ecología*, Madrid, 1990; Albert CURTO HOMEDES y Albert MARTÍNEZ SILVESTRE, “La presència del llop a l’antic terme de Tortosa durant la Baixa Edat Mitjana”, en *Homenatge al Dr. Manuel Riu i Riu. Acta històrica i arqueològica Mediaevalia*, vol. 1. n° 20-21, (2000), pp. 454-465. Sobre la mala estampa del lobo, la transformación que sufrió desde la Antigüedad al medievo y sus pérfidas correrías de rapiña, pasó de ser ornato de héroes a criatura del Hades cuando la ganadería entró en competencia frontal con su hábitat, determinándolo como degollador del aprisco e inversor del estado de las cosas, claro abanderado del mal y del desenfreno, encarnación de la negra noche que devora al cordero místico, vid. Julio CAMARENA LAUCIRICA, “Mitología del lobo en la Península Ibérica”, en *La leyenda. Antropología, historia, literatura. Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez, Madrid, 1986*, Madrid, 1989. pp. 267-289; Miguel Ángel CHARRO GORGOJO, “La sombra del lobo”, *Revista de Folklore*, n° 207 (1998), pp. 89-95: id., “La huella del lobo en el refranero español”, *Revista de Folklore*, n° 243 (2000), pp. 97-108; Paolo GALLONI, *Storia e cultura della caccia. Dalla preistoria a oggi*, Bolonia, 2000. pp. 116-118.

²⁰ Vid. PALLARES, PORTELA y GELABERT, *op. cit.*, p. 288.

²¹ Vid. M^a del Carmen CARLÉ, “El bosque en la Edad Media (Asturias, León, Castilla)”, *Cuadernos de Historia de España*, LIX-LX (1976), pp. 319-326 y 335-338; Vincent CLÉMENT, “Frontière, reconquête et mutation des paysages végétaux entre Duero et Système Central du X^e au XV^e siècle”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXIX (1993), pp. 120-124; id., “La forêt et les hommes en Castille au XIII^e siècle. L’exemple du territoire de Sepúlveda”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXX (1994), pp. 253-274; CLEMENTE, “La evolución del medio ambiente...”, pp. 15-56. La deforestación peninsular parece clara a lo largo de toda la Edad Media, y eso a pesar del cambio climático experimentado a partir de mediados del siglo XIV y que propició la aparición de yermos, pastizales y zonas boscosas (al respecto vid. Arturo MORALES MUÑIZ y Dolores Carmen MORALES MUÑIZ, “¿De quién es este ciervo?: algunas consideraciones en torno a la fauna cinegética en la España medieval”, en *El medio natural en la España Medieval...*, pp. 386-387).

²² Vid. Miguel Ángel LADERO QUESADA, “La caza en la legislación municipal castellana (siglos XIII al XVII)”, en *En la España Medieval. Estudios dedicados al profesor D. Julio González*, Madrid, 1980. pp. 193-221.



individuos trashumantes que desempeñaron toda suerte de tareas, carboneando, sangrando pinos, desbrozando maleza, reconociendo dujos o descortezando alcornoques. Los cenobitas aprovechando parajes tan inquietantes como escenario de prueba para ganarse el cielo y la santidad, los semovientes intentando ganarse la vida.

Yendo al grano, utilizar hurones, galgos y podencos sueltos, cepos y lazos –supuestas malas artes- fue propio de los menesterosos. Meterse en prácticas cetreras, con azores, halcones, cernícalos y alcotanes adiestrados para cobrar garzas, grullas, cercetas y ánades²³, al igual que en empresas monteras de osos, jabalíes, corzos y venados –que viene de *venatus*- utilizando cabalgaduras, armas, jaurías de sabuesos y mastines, quedaba reservado a los nobles, entre quienes la caza tuvo una significación lúdica o de invernal adiestramiento para el combate, y que, adicionalmente, se tornó simbólica, alcanzando nuestros tiempos.

No es nuestra intención surcar estas veredas, pero ciertas obras punteras de la literatura y cinematografías españolas del siglo XX dan holgada cuenta de la importancia que aún tienen las monterías entre nuestra clase política y empresarial, con los tiempos dotada de un selecto arsenal de armas de fuego. Un superlativo general de aciago recuerdo ya fallecido y varios políticos en activo disparaban que se las pelaban, bien auxiliados por ojeadores que voceaban los bichos²⁴. Tentados quedamos, pero no nos vayamos por los cerros de Ubeda. Enrique IV y Fernando el Católico se dedicaron con absoluta fruición a disfrutar de sus periplos monteros, incluso semanas antes de su fallecimiento, a modo de vampírico entrenamiento terapéutico, lo suyo fue morir matando²⁵.

En la Península la cetrería fue especialmente valorada entre la alta aristocracia, popularizada en Castilla por Beatriz de Suabia y Alfonso X, alcanzó *status* de entretenimiento de alto rango, reverenciada en la poesía castellana como estrategia amorosa, el halcón como garrido amante sujeto a unas reglas de juego, ocupó gran parte de los tratados bajomedievales hispanos. Halcones y azores se convirtieron en oscuros objetos de deseo, espléndidos regalos intercambiados entre príncipes y señores²⁶. Las prolifas imágenes del jinete portador de halcón son susceptibles de admitir diferentes interpretaciones, ya advertimos sobre su presencia en los

²³ Vid. José Manuel FRADEJAS RUEDA, “Falconers’ Ornithological classification in Medieval Spain”, en *La Chasse au Moyen Age. Société, traités, symboles. Textes réunis par Agostino Paravicini Bagliani et Baudouin Van den Abeele*, Florencia, 2000. pp. 63-70.

²⁴ Existen apuestas vernáculas, como la nostálgica del conde de Yebe, que reconocía haber montado fuerza de la ley, “con el hondo tono sentimental que da el goce del pecado, lo que le lleva a distinguir el honor del cazador del de caballero [verdadera alhaja del metalenguaje caciquil]” considerando la batida esencia patria, barruntada en las fragosidades del monte, santificada jerarquía que forjó agrestes guerrilleros, otra cara de la moneda del bandolerismo y los discolos furtivos irreductibles –*Astra* al cinto y *naranjero* en mano- echados al monte por salvar la vida en una interminable luna nueva de lobos. Sobre los textos del conde de Yebe vid. Luis de HOYOS SÁINZ y Nieves de HOYOS SANCHO, *Manual de Folklore. La vida popular tradicional*, Madrid, 1947. pp. 480-481.

²⁵ Vid. Rafael DOMÍNGUEZ CASAS, *Arte y etiqueta de los Reyes Católicos. Artistas, residencias, jardines y bosques*, Madrid, 1993. p. 20.

²⁶ I. BECEIRO PITA, “La caza y la alta nobleza bajomedieval en el reino castellano”, *Razo*, nº 3 (1982), p. 77. Vid. además Baudouin VAN DEN ABEELE, “La faucon sur la main. Un parcours iconographique médiéval”, en *La Chasse au Moyen Age. Société, traités, symboles...*, pp. 87-109.



calendarios aunque también surgen como atributo del “caballero victorioso”²⁷. Uno de los capiteles instalados tras el retablo mayor de San Vicente de Avila reproduce un jinete que porta un halcón, está acompañado por un podenco y una dama, en este contexto debe leerse como una escena de despedida, motivo frecuente en el románico castellano y asturiano (San Millán de Segovia, colegiata de Toro, San Juan de Mercado, Santa María de Villamayor, Santa María de Narzana, San Esteban de Sograndio y San Pedro de Villanueva)²⁸. Ahora bien, más allá de su propuesta arquetípica, el caso abulense debe interpretarse en clave bélica, una iglesia de frontera cuyos capiteles absidales refieren asuntos familiares –sacrificio de Abraham, estructura fortificada, elefante con castillete, mujeres mesándose los cabellos y despedida del caballero con dama y sirvienta- a la potente milicia concejil que participó de las empresas reconquistadoras²⁹. También en las pinturas de San Baudel aparecen escenas de cetrería y montería junto a otras específicamente guerreras como el elefante armado y el soldado³⁰, mucho más explícitas que los combates de vaga resonancia psicomáquica entablados entre caballeros –auspiciados por ángeles exterminadores- y monstruos de diferentes pelajes que apreciamos en San Pedro de Villanueva, el claustro de Santillana o el atrio de Rebolledo de la Torre.

La tratadística cinegética hispana tendrá su época dorada en los siglos XIV y XV³¹, coincidiendo con una tendencia común en Europa occidental. Por los mismos años la montería se convierte en moda cortesana. Desde más de un siglo antes, la iconografía alusiva habitaba toda suerte de cajas fúnebres, dignificando la afición paramilitar y halagando la práctica. Durante las fiestas organizadas por el marqués de Santillana en Buitrago en 1435 y las preparadas por el conde de Haro en 1440 con motivo de la celebración de los esponsales de Enrique IV y Blanca de Navarra, damas y caballeros se enfrascaron en la persecución de osos, jabalíes y venados, previamente cercados por los monteros en selva cerrada, alcanzado carácter lúdico

²⁷ En la iglesia de Santiago de Alba de Tormes, Almenara de Tormes, portada de la Anunciación de Duratón, Catedral Vieja de Salamanca y los templos segovianos de San Juan de los Caballeros y San Martín. Vid. Margarita RUIZ MALDONADO, *El caballero en la escultura románica de Castilla y León*, Salamanca, 1986. pp. 57-60. Halconeros aislados ya se dieron en el claustro de Santa María de l'Estany y en una viga gótica del Palau Caldés (Barcelona).

²⁸ RUIZ MALDONADO, *op. cit.*, pp. 64-66. Podemos añadir una representación con caballero y dama a caballo en una escena de cetrería, junto a un montero olifante y otro portador de hacha en un capitel doble del claustro de San Francisco de Orense que data de mediados del siglo XIV (cf. CENDÓN y BARRAL, *op. cit.*, p. 386).

²⁹ Un profundo y brillante análisis en Daniel RICO CAMPS, *El románico de San Vicente de Avila (Estructuras, imágenes, funciones)*, Murcia, 2002. pp. 233-237. Cita también el caso del halconero que aparece en el triunfo de Perorrubio, carente de mayores vuelos significativos y en clara composición heráldica, acosa una pareja de aves fantásticas.

³⁰ En las pinturas murales de la “Torre de Hércules” en el convento de Santo Domingo de Segovia también aparecen asociados un lebre y un halcón al caballero cristiano que embiste contra un peón musulmán (vid. Antonio GARCÍA FLORES, “Fazer batallas a los moros por las vecindades del reino”. Imágenes de enfrentamientos entre cristianos y musulmanes en la Castilla medieval”, en *Identidad y representación de la frontera en la España medieval (siglo XI-XIV)*. Actas del Seminario celebrado en la Casa de Velázquez y Universidad Autónoma de Madrid, 1998, Madrid, 2001. p. 275).

³¹ El *Libro que mandó hacer el Rey Don Alfonso [XI] de Castiella et de León que fabla en todo lo que pertenesce á las maneras de la Montería* (1342-1350), el *Libro de las aves de caça* del canciller Pedro López de Ayala y el *Libro de la Caza* de don Juan Manuel. El resto de las obras, como la de Gonzalo Argote de Molina datan del XVI.



equiparable como tal al constatable en los habituales torneos, toros y juegos de cañas³². A partir del reinado de Juan II los Mendoza, Suárez de Figueroa, condes de Benavente y condes de Haro se destacaron por alcanzar el rango de monteros, halconeros e incluso ojeadores y cazadores, dotados todos ellos de completos equipos de caza, mimadas jaurías y ricos equipos de cetrería que comportaban elevadas nóminas de gastos³³. Que en la pasión cetrera participaron damas da cumplida cuenta uno de los capiteles de la portada de Ahedo de Butrón, donde dos hombres parecen conversar mientras otro sujeta del brazo a una fémmina de halcones tomar [FIG. 1]³⁴. Representaciones de halconeras surgen también en la ermita de Nuestra Señora de Zorita en Melgar de Fernamental y en San Lorenzo de Vallejo de Mena.

Pero durante los años finales del románico la montería no siempre parece haber tenido una significación caballeresca, incluso podríamos considerar el lance cinegético como símbolo de la conversión del pecador, el ciervo huye del montero como el hombre debe huir de toda tentación demoníaca mediante la penitencia, o se enfrenta certeramente a la presa encarnando al *miles Christi*, entendiendo la caza del ciervo como metáfora de la lucha contra el infiel. Muchos de los pasajes con cacerías pueden además poseer una significación ya desvaída, simples motivos de repertorio como el Sansón desquijarando al león o los combates de infantes y caballeros contra fieras fantásticas, arpías y centauros, desgranando un tono genérico de lucha contra el maligno.

La presencia de la cacería del jabalí en una imposta de la Cámara Santa ovetense –precisamente sobre el capitel que glosa el *Descensus ad Inferos*, la salutación angélica y la Virgen e Isaías y junto a otra imposta donde se representó la historia de Abraham– era interpretada por Etelvina Fernández en clave moral. Si en el mundo antiguo, la caza ejemplificaba el triunfo sobre la muerte, en el privilegiado ámbito asturiano resaltaba la victoria sobre el mal y el demonio³⁵. Pero es evidente que la Cámara Santa no era un ámbito cualquiera, magna lipsonoteca pétreo cuyo programa iconográfico de índole redencional permitiría reconocer la idoneidad de una simbólica escena cinegética. La caza del jabalí fue la caza por autonomasía entre

³² BECEIRO, *op. cit.*, p. 78.

³³ Hacia fines del siglo XV un halcón gerifalte podía llegar a costar más de 22000 maravedís, 9000 un neblí y 3000 un halcón común. Según datos extraídos del señorío de Benavente en 1499, los gastos por actividades cinegéticas ascendieron a más de 32000 maravedís, mientras que las limosnas a ciertos monasterios supusieron algo más de 29000, toda una evidencia (BECEIRO, *op. cit.*, p. 80).

³⁴ Gerardo BOTO VARELA, *Ornamento sin delito. Los seres imaginarios del claustro de Silos y sus ecos en la escultura románica peninsular*, Burgos, 2001. p. 232, José Manuel RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, “Iglesia de Santa María la Mayor. Abajas”, en *Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Burgos. vol. II*, Aguilar de Campoo, 2002, pp. 1157-1164. Aparece otra halconera, aladaña a dos libreles haciendo presa sobre un venado, un caballero arquero, jinete olifante, jinete tañedor de laúd y danzarina saltimbanqui en uno de los platos *gemellions* del *Museo Arqueológico Nacional* obrados por un taller de Limoges. En contexto profano –quizás aludiendo a la vida cotidiana en la corte de Leonor de Aquitania– vuelve a aparecer una fémmina portando un halcón en un cofre del *British Museum* (vid. *De Limoges a Silos*, Madrid, 2001. pp. 77-78 y 139-141).

³⁵ Etelvina FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, “Estructura y simbolismo de la capilla palatina y otros lugares de peregrinación: los ejemplos asturianos de la Cámara Santa y las ermitas del Monsacro”, en *Actas del Congreso Internacional Las peregrinaciones a Santiago de Compostela y San Salvador de Oviedo en la Edad Media*, Oviedo. 1990. pp. 335-397, esp. 373-374.





Figura 1. Capitel doble. Portada de Ntra. Sra. de la Asunción de Ahedo de Butrón (Burgos). Halconera. Cliché de José Manuel Rodríguez Montañés.



los nobles del Bajo Imperio y los pueblos bárbaros, surgiendo también en la eboraria califal (arqueta de Leyre, datada en 1005, durante el reinado de al-Hisam II)³⁶.

En territorio peninsular –como en La Daurade de Toulouse– son relativamente frecuentes las imágenes con la caza del jabalí: colegiata de Toro, ménsula gótica en el claustro de la catedral de Oviedo, San Juan de Amandi, Santa María de Narzana, monasterio de San Pedro de Villaviciosa, pórticos de la ermita de Nuestra Señora de Tiermes y San Pedro de Caracena [FIG. 2], arquivolta en la portada de Alpanseque, friso de Campisábalos, capitel en San Cristóbal de Vallunquera (Burgos), capiteles de Santa María de Vega y ménsulas en Santiago de Carrión de los Condes o la portada meridional de Santa María de Piasca [FIGS. 3-4]³⁷. Su aparición en portada tan celebrada como la carrionesa y su irradiación hacia los talleres septentrionales (claustro de Aguilar de Campoo, Cezura [FIG. 5] o Piasca) parece evidente, aunque no es de extrañar que el presumible sentido punitivo que pudo ostentar en la villa jacobea, trascendiera hacia contextos más alejados vacíos de fuelle³⁸.

Resulta especialmente interesante la representación de la caza del jabalí en dos capiteles de la desconocida portada de San Andrés de Saraso (Condado de Treviño, Burgos) que pare-

³⁶ Vid. Jorge de NAVASCUÉS Y DE PALACIO, “Una joya del arte hispano-musulmán en el Camino de Santiago”, *Príncipe de Viana*, n.º 96-97 (1964), pp. 239-246; id., “Una escuela de eboraria en Córdoba, de fines de siglo IV de la Hégida (siglo XI d. C.)”, *Al-Andalus*, XXIX (1964), pp. 199-206; Luis M.ª de LOJENDIO, *Navarra*, “La España Románica, 7”, Madrid, 1982. pp. 353 y 371-374; M.ª Carmen LACARRA, *Museo de Navarra*, Pamplona, 1989. pp. 84-85; Teresa PÉREZ HIGUERA, *Objetos e imágenes de Al-Andalus*, Madrid, 1994. pp. 40 y 137. Aparecen otras escenas venatorias con lanceros a pie en la arqueta de Palencia (*Museo Arqueológico Nacional*) que data de 1049, y la del *Museo de Burgos* (la obra en marfil se fecha en 1026) procedente del monasterio de Santo Domingo de Silos (vid. *The Art of Medieval Spain*, Nueva York, 1993. pp. 273-276; *El scriptorium silense y los orígenes de la lengua castellana*, Valladolid, 1995. pp. 44-47).

³⁷ M. NÚÑEZ RODRÍGUEZ, “Scenes de chasse dans la peinture de l’Espagne chrétienne”, en *La chasse au Moyen Age...*, pp. 550-551. Vid además Miguel Angel GARCÍA GUINEA, *El arte románico en Palencia*, Palencia. 1975. p. 128; id., *El románico en Santander*, I, Santander, 1979. pp. 516-517; Etelvina FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, *La escultura románica en la zona de Villaviciosa (Asturias)*, León, 1982. pp. 123-133; RUIZ MALDONADO, *op. cit.*, pp. 72-74; Monique REY-DELOUÉ, “Chasse”, en *De Toulouse à Tripoli. La puissance toulousaine au XII^e siècle (1080-1208)*, Toulouse, 1989. pp. 143-144; Isabel M. FRONTÓN SIMÓN, “Imágenes de una sociedad de frontera en torno al 1200. Campesinos y caballeros en la capilla de San Galindo (Campisábalos, Guadalajara)”, *Cuadernos de Arte e Iconografía*, VI, n.º 11 (1993), pp. 84-85; José M.ª de AZCÁRATE, *Las esculturas de la Cámara Santa de la Catedral de Oviedo*, Gijón, 1993. pp. 60-65; José Luis HERNANDO GARRIDO, *Escultura tardorrománica en el monasterio de Santa María la Real en Aguilar de Campoo (Palencia)*, Aguilar de Campoo, 1995. p. 75; id., “Iglesia de Santa María de la Vega. Salamanca”, en *Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Salamanca*, Aguilar de Campoo, 2002. pp. 331-335; José Manuel RODRÍGUEZ MONTAÑÉS, “Iglesia de San Pedro Apóstol. Caracena”, en *Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Soria, vol. I*, Aguilar de Campoo, 2002. pp. 334-342. Conocemos el testimonio redactado por Sandoval en 1615 describiéndonos los sarcófagos de los Finojosa instalados en un edificio alzado en el centro del claustro de Silos: “Sobre la una sepultura están cabalgaduras y gente que las lleva; y en la otra los bueyes, y un caballero que tiraba a un javalí, del qual está asido un perro”, evidencia de una escena dedicada a la montería del jabalí en un contexto funerario que debió alzarse a inicios del siglo XII, data bastante anterior a las obras antes citadas, precedentes existían ya a inicios del siglo XI en los márgenes del Evangelionario de Saint-Bertin, donde un caballero acosa un cervido ayudado por unos canes y un montero se enfrenta al jabalí con una lanza (vid. BOTO, “Las galerías...”, pp. 120-121). Vid. también A. ERÍAS MARTÍNEZ, “La eterna caza del jabalí”, *Anuario Brigantino*, 22 (1999), pp. 317-378.

³⁸ En Cezura la montería del jabalí aparece en una imposta instalada sobre un capitel que efigia un combate entre caballeros con mujer mediadora.





*Figura 2. Capitel doble. Galería porticada de San Pedro de Caracena (Soria). Caza del jabalí.
Cliché de José Manuel Rodríguez Montañés.*



*Figura 3. Portada de Santiago de Carrión de los Condes (Palencia). Ménsula con la caza del jabalí.
Cliché de José Luis Hernando Garrido*





Figura 4. Portada meridional del Cuerno de Santa María de Piasca (Cantabria). Ménsula con la caza del jabalí. Cliché de José Luis Hernando Garrido.



Figura 5. Capitel doble. Arco triunfal de la parroquia de Cezura (Palencia). Imposta con la caza del jabalí. Cliché de José Manuel Rodríguez Montañés.



cen datar de inicios del siglo XIII. Aquí un montero alancea la testa del bicho perseguido a su vez por un par de lebres de marcados costillares. Pero lo más llamativo del tema es que las cestas aledañas muestran las crucifixiones de San Pedro y de Cristo, la archiconocida lucha entre Sansón y el león y la resurrección de Cristo. Parece evidente que aquí el escultor asignó un sentido funerario al pasaje cinegético, emparentándolo con un discurso victorioso y redencional, el Salvador que vence al pecado y, esculpido junto al primer papa de la iglesia, resucita de entre los muertos.

Tampoco desaparecerá la caza del puerco en época bajomedieval como se aprecia en el ya referido claustro de Nieva, la portada de la ermita de San Zoilo de Caseda³⁹, el baldaquino de Santa María “a Nova” de Noya, las dovelas de un arco en la sacristía de San Francisco de Vivero⁴⁰, el alfarje de Silos⁴¹, una viga mudéjar procedente de Curiel de los Ajos⁴², el interior de la tapa de un arca de madera en Santa Clara de Tordesillas⁴³, sendos relieves de las sillerías de Yuste y Toledo o –como jabalí aislado– en las pinturas murales de Valberzoso [FIG. 6], obradas por un taller activo en el norte palentino y sur de Cantabria y datadas hacia los años finales del siglo XV⁴⁴.

Los osos pudieron servir para ilustrar pecaminosas conductas, pues uno de sus congéneres aparece devorando los miembros de una víctima en el zócalo del Pórtico de la Gloria, mismo bichejo que luce la portada de Santa María de Uncastillo⁴⁵. Y como el puerco salvaje, encarnaba todos los vicios habidos y por haber, asumiendo una caracterización semidiabólica. Vivían en la oscuridad, eran orgullosos, coléricos y violentos, felones dotados de horribles garras o colmillos, vivían apegados a la tierra y llevaban una existencia durmiente y giróvaga. Retrato sumamente extremo que convertía semejantes animales en especies poco recomendables. Su afición por las colmenas y los madroños le hicieron ser acreedor de insaciables apetitos carnales, apareciendo devorando estos manjares en varias sillerías de coro tardogóticas⁴⁶.

³⁹ Ignacio MALAXECHEVERRÍA, *El bestiario esculpido en Navarra*, Pamplona, 1991. p. 121.

⁴⁰ CENDÓN y BARRAL, *op. cit.*, pp. 386-387.

⁴¹ Fray Justo PÉREZ DE URBEL, *El claustro de Silos*, Vitoria, 1975. p. 193; Isabel MATEO GÓMEZ “El artesonado del claustro de Silos”, en *Silos. Un milenio...*, pp. 281-283.

⁴² Podemos reconocer un arquero, un montero olifante y un jabalí en estampida acosado por un jinete lancero (Marina CHINCHILLA GÓMEZ, “Maderas mudéjares en el M.A.N. procedentes del palacio-fortaleza de Curiel de los Ajos (Valladolid)”, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, X (1992), pp. 57-71).

⁴³ GARCÍA FLORES, *op. cit.*, p. 276.

⁴⁴ Vid. Aurelio A. BARRÓN GARCÍA, *La pintura mural en Valdeolea y su entorno*, Santander, 1998. pp. 123 y 205. La pintura está datada epigráficamente en 1482 (por un error de lectura suele referirse el 1483, apreciación que agradecemos a don Pedro-Luis Huerta Huerta). El animal es claramente un jabalí, aunque podría ser el atributo de San Antonio Abad que aparece representado en la zona superior, trasvase lógico en un medio extremadamente boscoso como Valberzoso. En el ciclo se hizo representar el propio donante, Juan González, a caballo, con hermosa armadura y lanza.

⁴⁵ Para otros, el oso compostelano aparece relamiéndose una pata bien embadurnada en miel (BLANCO FREIJEIRO, *op. cit.*, pp. 265-266).

⁴⁶ En la sillerías de Toledo y Zamora, vid. Isabel MATEO GÓMEZ, *Temas profanos en la escultura gótica española. Las sillerías de coro*, Madrid, 1979. pp. 95-100. En una misericordia del coro de la catedral de Oviedo una osa lame a su cría, fiel reflejo del pasaje isidoriano donde señala que las osas formaban sus crías con la ayuda de la lengua para modelar los miembros de sus oseznos, pues los partos eran sumamente deformes.





Figura 6. Pinturas murales de Santa María la Real de Valberzoso (Palencia). Jabalí.
Cliché de Jaime Nuño González.

Pero la actividad profesional más habitual entre los plantígrados peninsulares parece ser la circense, eso queda más que demostrado en las ménsulas del palacio Gelmírez y las dovelas de la portada de la Asunción de Perazancas [FIG. 7], especialidad de crueles mañas que recuerdan haber visto nuestros padres y abuelos a los cingaros huidos tras la guerra europea y nosotros mismos en tierras balcánicas. Era cuestión de amaestrar —es un decir— al oseznos de chiquito, anillado el morro, forzándole a levantar las patas delanteras, y puede que las cuatro, si el carrilano mugriento echaba planchas a la lumbre para utilizarlas como hiriente escenario. De estos desmanes zoológicos de carácter burlesco dan buena cuenta las miniaturas marginales en tantos manuscritos góticos estudiados por Randall⁴⁷, también participó Enrique IV que mantenía tres osos vivos en el Alcázar de Segovia y cuidaba otras alimañas en su caserones de El Pardo, Valsaín y Coca, lo mismo que Pere IV el Ceremoniós y Martí l'Humà recurriendo a los cérvidos para surtir su pabellón de Valldaura⁴⁸. Pasear oseznos y lobeznos a mayor escarnio del cachorro, debió ser hábito consentido y fomentado desde concejos y señoríos.

⁴⁷ *Images in the Margin of Gothic Manuscripts*, Berkeley-Los Angeles, 1966.

⁴⁸ Vid. además Dolores Carmen MORALES MUÑIZ, “La fauna exótica en la Península Ibérica: apuntes para el estudio del coleccionismo animal en el Medievo hispánico”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, 13 (2000), pp. 233-270.





Figura 7. Portada de la iglesia parroquial de la Asunción de Perazancas (Palencia). Dovelas con osezno entre músicos. Cliché de José Luis Alonso Ortega.

Más allá de su puesta en escena como acompañante de juglares o músico feriante⁴⁹, el grueso de representaciones oseras nos lo muestran como víctima de ballesteros y lanceros que lo persiguen con sus jaurías: en el claustro de la seo de Tarragona, Cámara Santa de la catedral de Oviedo, San Pedro de Villanueva, la galería de Caracena o los ábsides de Villavega de Aguilar y Villacantid⁵⁰. En una arquivolta de la cabecera de la seo románica de Zaragoza aparece un lancero con túnica corta, defendido con rodela, que lucha contra el oso⁵¹, la escena es

⁴⁹ Un oso gaitero en José SÁNCHEZ FERRER, *Iconografía marginal a finales del gótico: la capilla funeraria de la iglesia de San Miguel de Alcaraz*, Albacete, 1999. p. 111.

⁵⁰ Vid. Jordi CAMPS i SÒRIA, *El claustre de la catedral de Tarragona: escultura de l'ala meridional*, Barcelona, 1988. pp. 67-68; GARCÍA GUINEA, *op. cit.*, II, pp. 388-390 y fig. 662. Aledaña a la tosca cesta doble con la cacería del oso aparece otra con un combate ecuestre, Sansón desquijarando al león y una fémnia mediadora que parece asir una especie de pandero rectangular. Otra representación osera –los cazadores caracterizados como guerreros– se aprecia en el interior de Santa Cecilia en Aguilar de Campoo (vid. José Luis HERNANDO GARRIDO y Jaime NUÑO GONZÁLEZ, “La iglesia tardorrománica de Santa Cecilia en Aguilar de Campoo (Palencia)”, *Codex Aquilarensis. Cuadernos de Investigación del Monasterio de Santa María la Real*, nº 7 (1992), pp. 48-49), el mismo atuendo marcial, con cota de malla hasta las cejas, se aprecia en el peón que arremete contra el oso en uno de los capiteles del pórtico de la Virgen de la Peña de Sepúlveda (cf. AAVV, “Escultura monumental”, en *El santuario y el camarín de la Virgen de la Peña de Sepúlveda*, Madrid, 1996. pp. 133-134).

⁵¹ Margarita RUIZ MALDONADO, *La seo románica. Una aproximación a la escultura de San Salvador de Zaragoza*, Zaragoza, 1997. p. 72. Otro de los relieves de la cabecera zaragozana ilustra un tañedor de olifante acompañado por un joven y un cuadrúpedo (parece que un jabalí). Aparecen interesantes olifantes en uno de los desmembrados capiteles citados de Santa María de Vega.



aledaña a otra arquivolta con motivos juglarescos. El lance osero surge en una viga de baldaquino datable en pleno siglo XIII del *Museu Episcopal* de Vic y en otra más tardía del palacio de la reina Elisenda de Montcada en el monasterio de Pedralbes, además de las techumbres mudéjares de Sinovas y Silos⁵². El pintor que representó al oso en San Baudel de Berlanga debió fijarse en otras echadas, tal vez como consecuencia de su familiaridad islámica⁵³, volviendo a aparecer hacia mediados del siglo XIV en las pinturas de la Sala de Justicia de la Alhambra de Granada⁵⁴, claramente emparentadas con el mundo caballeresco cristiano.

La caza del oso volverá a aparecer más tardíamente —entre los años finales del siglo XIV e inicios del XV— y con todo lujo de detalle en un par de capiteles dobles del claustro segoviano de Santa María de Nieva, el jinete montero alancea al plantígrado hasta darle muerte, acarreándolo después sobre la grupa de una borrica para conducirlo a casa⁵⁵. En el mismo ámbito se representan además otras escenas cinegéticas, contra lobos, jabalíes y leones (licencia que va más allá de lo imaginable), además de la típica estampa cetrera, que aledañamente incorpora la representación del mes de mayo, como caballero coronado por guirnalda de rosas y ramo florido sobre el hombro derecho, así caracterizada en algunas variantes del calendario medieval hispano⁵⁶. Una variante con lebrél sobre los lomos se aprecia en una dovela de la por-

⁵² Agustín GÓMEZ GÓMEZ, “La techumbre mudéjar de Sinovas”, *Biblioteca. Estudio e Investigación. Arte medieval en la Ribera del Duero*, nº 17 (2002), p. 78. Con una cronología que debe rondar el 1270 vuelven a aparecer lances cinegéticos en la techumbre de la catedral turolense (vid. Joaquín YARZA LUACES, “En torno a las pinturas de la techumbre de la catedral de Teruel”, en *Actas del I Simposio Internacional de Mudejarismo*, Teruel, 1981. pp. 41-69; id., “Problemas iconográficos de la techumbre de la catedral de Teruel”, en *El artesonado de la catedral de Teruel*, Zaragoza, 1981. pp. 33-34 (cita además una vidriera de la catedral de León datada a fines del siglo XIII que representa más bien el desfile de unos ballesteros junto a la recua de carga); sintético estado de la cuestión en Rafael LÓPEZ GUZMÁN, *Arquitectura mudéjar. Del sincretismo medieval a las alternativas hispanoamericanas*, Madrid, 2000. pp. 232-234).

⁵³ NÚÑEZ, *op. cit.*, pp. 535-548. Vid. Joan SUREDA, *La pintura románica en España (Aragón, Navarra, Castilla-León y Galicia)*, Madrid, 1989. pp. 68-73 y 319-327; Luis A. GRAU LOBO, *Pintura románica en Castilla y León*, Valladolid, 1996. pp. 87-127; Jaime NUÑO GONZÁLEZ, “Ermita de San Baudel de Berlanga. Casillas de Berlanga”, en *Enciclopedia del Románico en Castilla y León. Soria, vol. I*, Aguilar de Campoo, 2002. pp. 356-370. Sobre las correspondencias islamizantes y la actividad venatoria como imagen simbólica de dominio sobre el territorio vid. además Jerrilynn D. DODDS, “Hunting for Identity”, en *Imágenes y promotores en el arte medieval. Miscelánea en homenaje a Joaquín Yarza Luaces*, Bellaterra, 2001. pp. 89-100.

⁵⁴ Jerrilynn D. DODDS, “The paintings in the Sala de Justicia of the Alhambra: Iconography and Iconology”, *The Art Bulletin*, 61/2 (1979), pp. 186-197; Joaquín YARZA, *La Edad Media*, “Hª del Arte Hispánico, II”, Madrid, 1982. p. 357.

⁵⁵ Vid. Marqués de LOZOYA, “La vida en Castilla en el siglo XIV, según los capiteles de Santa María la Real de Nieva”, en *España en las crisis del arte europeo*, Madrid, 1968. pp. 111-115; Antonio SÁNCHEZ SIERRA, *El monasterio de Santa María la Real de Nieva*, Segovia, 1983. pp. 76-78 (el autor recoge un texto de Ruy Sánchez de Arévalo, autor del *Vergel de los Príncipes* e hijo de Nieva, donde señalaba: “los sabios varones [...] ordenaron que quando los tales ínclitos reyes e Príncipes oviesen paz e descansasen de guerras, que se ocupasen en algunos honestos deportes e exercicios en los quales se exercitasen [...], entre los quales [...] principalmente fallaran la caça, e sennaladamente el monte”, que en definitiva “tiene semejable forma e manera de guerra [...]”, la caza consigue “apartar ocçiosidad e pereça de los nobles omes, e causar en ellos diligencia e prudencia”, así, el caballero entregado a la caza “es amigo e muy cercano a virtudes, e perseguidor de vicios”, pues “causa este virtuoso exercicio grant limpieza e cantidad”).

⁵⁶ Vid. CASTIÑEIRAS, “El calendario...”, pp. 138 y 161-164. Un halconero personificando el mes de mayo se vislumbra además en El Frago y Santa María do Azogue.



tada burebana de Abajas [FIG. 8] y sin ínfulas de mensario en otra dovella de la desportillada portada de Avellanosa del Páramo, siguiendo el can los pasos de la cabalgadura.

Está lejos de toda duda la fuerte presencia del oso en tierras cantábricas y castellanas, pues Alfonso VI hablaba de *terram de ursorum* entre el Duero y la ciudad de Ávila y el *Libro de la Montería* de Alfonso XI documenta la abundancia de semejantes animales en el alto Riaza, alto Duero, valle del Pirón y Gredos. Pero a juzgar por los datos proporcionados por el tratado encargado por Alfonso XI a mediados del siglo XIV podemos suponer que existió cierta continuidad de población osera desde la cordillera Cantábrica y Sistema Ibérico hasta el Sistema Central. Se documentan otras comunidades al norte de Portugal y sur del Tajo, por la Sierra de Guadalupe, los montes de Toledo y Sierra Morena occidental e incluso de forma aislada hacia las Sierras de Segura y Alcaraz. Abundantes plantígrados debieron frecuentar tierras prepirenaicas y pirenaicas, e incluso en la margen derecha del Guadalquivir. Desde el siglo XVI, cuando el oso empieza a extinguirse en el centro de la Península y queda relegado hacia las zonas más montaraces, el ciervo pasará a ser la pieza de caza más apreciada por los Austrias tal y como era habitual en Centroeuropa, una triste especie que en el tratado de Alfonso XI sólo valía para entrenar podencos⁵⁷. El oso ha quedado como reliquia en el escudo de la villa de Madrid. La nobleza rural fue perdiendo regalías en beneficio de los mentideros cortesanos, aunque las referencias a la caza popular del oso son parcas, algunos monarcas aragoneses (Jaume II y Fernando el Católico) decidieron prohibirla, mientras los fueros navarros del XIII la contemplaban como una posibilidad sujeta a control. Más allá del paseo triunfal de Chisco y Pito Salces, los sobrados de *Peñas Arriba*, arrinconados en las crestas de Tudanca, el poso folklórico lo dejó reducido a pura mascarada carnavalesca, donde participaban los vecinos de las poblaciones pirenaicas⁵⁸.

Lo cierto es que si la caza excelente de los siglos XIV y XV estaba circunscrita al oso y al jabalí, los nobles del siglo XVI quedaron prendados por los venados, como demuestra la abultada nómina de casas de campo y cazaderos que sostuvo la casa real, bien guarnecida por una peculiar fauna de adinerados locos del arcabuz, cazadores mayores, monteros, catarriberas, podenqueros y mozos de oteo. Desde entonces el oso perdió su carácter de presa noble, convirtiéndose en temida alimaña. El fenómeno parece verificarse antes en Francia e Inglaterra (desde el siglo XIII) y a fines de la Edad Media en Alemania y la Europa mediterránea. Para Pastoureau existen razones religiosas que apoyarían semejante cambio zoológico, sobrevalorando el ciervo, juzgado como perezoso y de escaso interés por los cazadores de la Antigüedad y el satanizando el jabalí, muy apreciado por los monteros y guerreros paganos, la iglesia medieval conseguía invertir la jerarquía de caza, práctica que siempre juzgó pecaminosa, al menos optando por los venados, animal de fuerte simbolismo cristiano (la cierva de los salmos que anhela alcanzar el acuífero como alma sedienta del Señor)⁵⁹, el montero no terminaba en

⁵⁷ Carlos NORES y Javier NAVES, "Distribución histórica del oso pardo en la Península Ibérica", en *El oso pardo (Ursus arctos) en España*, ed. de Javier Naves y Guillermo Palomero, Madrid, 1993. pp. 13-17.

⁵⁸ VIOLANT, *op. cit.*, pp. 627-628.

⁵⁹ Guillermo de Saint-Thierry y Hugo de San Víctor refieren metáforas sobre la caza del ciervo, considerando los animales almas, los flechazos malos deseos y los cazadores seres maléficos o demonios (SUREDA, *op. cit.*, p. 72).





Figura 8. Portada de la parroquia de Abajas (Burgos). Caballero con perro y halcón.
Cliché de José Manuel Rodríguez Montañés.

una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo, característica de muchos acosos contra osos y jabalíes⁶⁰. Cabe suponer que a la abundancia de escenas referidas a estas especies en el románico tardío hispano los clérigos hicieron escasos acosos. La iglesia resolvió el problema de la connotación negativa de las cuernas justificando un argumento terminológico hasta el punto de definir las como floridas enramadas, en oposición a las perversas defensas del jabalí, mucho más peligrosas e indómitas, y por ende fatales remedos diabólicos que cercenan tripas y encadenan cartílagos⁶¹.

La cacería del ciervo está atestiguada en las conocidas pinturas de San Baudel, pero también en una de las cestas del claustro de la concatedral de San Pedro de Soria, la del triunfal

⁶⁰ Michel PASTOUREAU, “La chasse au sanglier: histoire d’une dévalorisation (IVe-XIVe siècle)”, en *La Chasse au Moyen Age. Société, traités, symboles...*, pp. 7-23. Semejante situación afectó también al oso, animal autóctono, sospechosamente antropomorfo, objeto de cultos y creencias heterodoxas y al que se le asociaban infinidad de vicios –violencia, orgullo, cólera, lujuria, glotonería, pereza-, que fue perdiendo su carácter de rey de los animales, siendo destronado por el león (vid. Michel PASTOUREAU, “Quel est le roi des animaux?”, en *Le monde animal et ses représentations au Moyen Age (XIe-XVe s.)*. Actes du XV^e Congrès de la Société des historiens médiévistes et l’enseignement supérieur public, 1984. Toulouse, 1985. pp. 133-142).

⁶¹ Vid. GALLONI, *op. cit.*, p. 113. Del mismo autor *Il cervo e il lupo. Caccia e cultura nobiliare nel Medioevo*, Bari, 1993; *Le mythe de la chasse sauvage dans l’Europe médiévale*, París, 1997.



de San Pedro de Villanueva y otra de la portada de Ahedo de Butrón⁶². En este último caso, el caballero que intenta cobrar un venado, es auxiliado por una pareja de lebreles y un montero tocando el cuerno. Más allá de la alegoría cristológica del ciervo, Boto atribuía a la escena un sentido perfectamente mundano, en liza con la fruición con que la nobleza practicó la caza. Junto al resto de los capiteles ornados con animales exóticos imitando los *pallia rotata*, procedentes del mundo de las artes suntuarias islámicas, constituiría una suerte de ciclo profano exterior, más propio del recibidor palaciego que de un umbral templario. En todo caso hermanado con el bronco hieratismo del registro superior, donde lo mundano rinde tributo a lo teofánico, encarnado por los Ancianos apocalípticos y la Adoración de los Magos. Similar discurso conciliador podría aducirse para los ciclos pictóricos de San Baudel, seduciendo por igual a clérigos y laicos poderosos⁶³.

El alero de la casona blasonada del Marqués de la Valdavia en Saldaña luce aún una garra de oso, extraño uso que deberíamos considerar como profiláctico, siendo la misma portadora de virtudes apotropaicas al igual que los colmillos de jabalí y los cánidos lobunos engarzados en plata que figuraban -junto a las *figas* y otros amuletos- en pulseritas para los niños, y librarlos así del mal de ojo y las brujas, tradición extensible al casto jubón de las mozas⁶⁴. En otro orden de cosas, el cerebro del oso podía ser utilizado para perversas hechicerías. El mismo unto del oso fue considerado de elevado poder terapéutico, para mitigar el reuma, embadurnar infalibles podones, curar apotemas y hacer crecer los cabellos⁶⁵.

Es curioso cómo algunos santos aparecen íntimamente unidos a lances venatorios, se trata de la modalidad de la “caza sagrada” formulada por Thiébaux. Eustaquio, general romano en época de Trajano, se convirtió al cristianismo tras contemplar un enorme ciervo entre cuya cornamenta surgía un crucifijo luminoso desde la que habló Cristo, con esta pose nos lo mostró Pisanello hacia 1440. Huberto, hijo del duque de Aquitania, contempló idéntica visión mientras se encontraba cazando en Viernes Santo, conversión que le permitió evangelizar las Ardenas y alcanzar la silla episcopal de Tongres, siendo considerado como patrón de los cazadores y guardabosques, protector de los perros de caza y reconocido abogado contra la rabia. Las vidas de Eustaquio y Huberto se entremezclarán posteriormente. En el retablo de la Concepción de la catedral de Burgos, encargado por el obispo Acuña, aparece Huberto lujosamente vestido y provisto de cuerno montero, advocación con la que el obispo burgalés debió sentirse identificado, *tandem* con holgada experiencia montera y antecedentes harto mundanos que, compungidos, abogaron finalmente por la dedicación pastoral de altos vuelos⁶⁶. La misma escena del prodigio venatorio se dará en el sepulcro de Alonso Carrillo de Acuña en la catedral de Sigüenza⁶⁷.

⁶² BOTO, *op. cit.*, pp. 232-233.

⁶³ BOTO, *op. cit.*, p. 235.

⁶⁴ BLANCO FREIJEIRO, *op. cit.*, p. 269.

⁶⁵ FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA, “Algo sobre el oso...”, p. 312.

⁶⁶ Joaquín YARZA LUACES, *Gil Siloé. El retablo de la Concepción en la capilla del obispo Acuña*, Burgos, 2000. pp. 149-151. Vid. también María Jesús GÓMEZ BÁRCENA, “¿San Eustaquio o San Huberto?. Un santo cazador en el retablo del árbol de Jesé en la capilla del obispo Acuña de la catedral de Burgos”, en *Anales de Historia del Arte. Homenaje al profesor Dr. D. José María de Azcárate y Ristori*, n° 4 (1993-94), pp. 419-430.

⁶⁷ J. Evaristo CASARIEGO, *La caza en el arte español*, Madrid, 1982. p. 143.



También a Julián se le suele representar cazando y ataviado como excelso caballero, pues durante un rececho presenció la aparición de un ciervo con rostro humano⁶⁸, pasaje que también identifica al ya citado Eustaquio e incluso a Cristóbal. En otros casos aparece caracterizado como cetrero. La *Leyenda Dorada* relata que el ciervo había vaticinado cruelmente que el cazador mataría a sus padres, para evitar semejante carnicería, Julián marchó a lejanas regiones, donde finalmente consumó el parricidio cuando sus progenitores dieron con su domicilio y descansaban en su propio lecho a instancias de su buena esposa. A lo visto Julián pensó que la mujer estaba adjudicándole una cornamenta de lo más aparatosa. Para expiar el crimen, Julián dedicó el resto de sus días a ejercer el oficio de azorrado barquero en las riberas del Gardon y dedicarse en cuerpo y alma a ser hospitalario de peregrinos.

El oso aparece en contextos mucho más sospechosos, habitualmente como heraldo satánico, pero los santos conseguían su instantánea domesticación, empleándolo en empresas más fructíferas: Columbano disputó con éxito una cueva a un oso, Galo consiguió que otro ejemplar acarrearra troncos para construir un eremitorio, Vedasto de Arras lo convirtió en perro guardián, Florencio de Saumur metió a otro como pastor de ovejas, Lamberto de Lieja quitó una espina de la pata de un manso oso (como hiciera Jerónimo con el león), Corbiniano y Maximino obligaron a los osos que devoraron sus caballos a ejercer como mozos de cuerda, Amando y Aventino también protagonizaron pasajes en esta línea⁶⁹. Las osas parecían más predisuestas, una señaló a Ricarda el lugar donde instalar su abadía de Andlau (tras resucitar a su osezno) y otra congénere defendió a Columba de Sens mientras era acosada por un agresor –el amo del ejemplar– cuando permanecía detenida en un prostíbulo. La hagiografía refiere algún caso de jabalíes que obtuvieron la protección en cuevas habitadas por santos ermitaños –Cástor de Apt, Columbano, Déol o Emiliano– evitando caer bajo las garras de los cazadores. Quirico niño cabalgaba un jabalí como si se tratara de un dócil potrillo.

Respecto al lobo surgen siempre sus excelentes migas con Francisco de Asís (el pacto con el “hermano” lobo de Gubbio que pintó Sassetta hacia 1440), Oddo, abad de Cluny (asaltado por una manada de zorros, fue liberado y escoltado por un lobo), Remaclo (alejando manadas de congéneres de la abadía de Atavalot) o Edmundo (cuya cabeza fue custodiada por un lobo), pero lo más normal es que aparezca como bicho rabioso (Tugen) o como en el caso del jabalí, perfectamente domesticado (Filiberto), sirviendo como lazarillo en el caso de Hervé, castigado a transportar albardas de leña por haber devorado al sufrido asno en las vidas de Macuto y

⁶⁸ De esta guisa aparece en el tríptico de la Adoración de los Magos de la catedral de Burgos atribuido a Diego de la Cruz (vid. Pilar SILVA MAROTO, *Pintura hispanoﬂamenca castellana: Burgos y Palencia. Obras en tabla y sarga*, II, Valladolid, 1990. pp. 387-388; id., en *Tesoros de la catedral de Burgos. El arte al servicio del culto*, Madrid, 1995. pp. 54-55). Vid Louis RÉAU, *Iconographie de l'art chrétien. tom. III. Iconographie des saints, II, G-O*, París, 1958. pp. 766-769. Como halconero se le aprecia en una tabla del MNAC (Barcelona) y un relieve de la catedral de Burgos (vid. CASARIEGO, *op. cit.*, pp. 137 y 140).

⁶⁹ PASTOUREAU, “La chasse au sanglier...”, p. 22. Vid. además Louis RÉAU, *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos P-Z*, tom. 2/vol. 5, Barcelona, 1998. pp. 536, 539-540 y 544. Amando, en compañía de Nicasio y Teodula, requirió al oso que había devorado una oca para rezar un responso. Sobre Aventino y Ricarda vid. Claude GAIGNEBET y J. Dominique LAJOUX, *Art profane et religion populaire au Moyen Âge*, París, 1985. pp. 238 y 250-251.



Ponón u obligado a devolver una oveja que portaba entre sus fauces por Norberto o un cerdo a una viuda pobre en un milagro obrado por Blas⁷⁰.

En todos los casos, su aparición pasa por la domesticación, prodigio que en el caso de animales salvajes sólo era asumible poseyendo santos poderes o habilidades poco comunes. Pero el más mañoso fue Vedasto de Arras, capaz de resucitar una oca que se había zampado un lobo y localizar un oso entre las ruinas de una iglesia para emplearlo como perro guardián. En su memoria, los monjes de las abadías de Saint Vaast y Berna mantuvieron, a modo de modesto zoológico, un oso alojado en un foso⁷¹. También los panaderos de Andlau estuvieron obligados a suministrar una hogaza semanal para alimentar a la osa de Ricarda, que fue sustituida por un ejemplar pétreo cuando una criatura sufrió un serio percance al jugar con el ejemplar. Sólo los santos tendrán capacidad para mediar con los animales salvajes, doblegando sus instintos y sometiendo sus conductas en favor de actos píos, e incluso aleccionándolos a mayor gloria de la obra de Dios, la oración y la penitencia.

Desde tiempos de la repoblación, las alimañas habían entrado en férrea competencia con los humanos y su frágil economía, lejos quedaron las gestas venatorias de los ricos terratenientes tardorromanos, incorporadas a los pavimentos de sus mansiones y sus monumentos funerarios como señuelos de poderío e iconos de trascendencia. Tales usos sobrevivieron a la caída del Imperio, apareciendo en algunos sepulcros medievales y capillas fúnebres, como estentóreo lamento del difunto, que era de lo más legítimo, aunque en la mayor parte de los casos, la Iglesia medieval incorporó a la actividad cinegética una significación moralizante perfectamente asumida, santificándola incluso, resultaba fácil identificar lo maléfico con lo montaraz y su fauna dañina. La caza se convirtió en una tarea perfectamente reglamentada y juzgada necesaria, diametralmente opuesta al vulgar furtivismo, resultaba noble por sus pertrechados ejecutores, su práctica y sus objetivos, reflejo natural del orden instituido, que justificaba la aniquilación de toda sombra perturbadora, automáticamente teñida de ecos demoníacos.

Gumiel de Mercado (Burgos), octubre de 2003.

⁷⁰ A Blas le sorprendieron unos cazadores –que no pudieron cobrar pieza alguna– en su gruta de eremita dando la bendición a las mansas fieras y los pájaros que por allí merodeaban. Hablando a los animales y recibiendo de la viuda una bandeja con las patas y la cabeza del lechón cuando fue encarcelado, aparece en sendas tablas castellanas anónimas de principios del siglo XV conservadas en el *Museo Lázaro Galdiano* (vid. Ana María GARCÍA PÁRAMO, *Aportaciones al estudio de la iconografía de los santos en el reino de Castilla*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1988. pp. 308 y 312).

⁷¹ RÉAU, *op. cit.*, p. 310.

